

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- Creación y ecología* 3
- Hans Urs von Balthasar* 5 **Creación y Trinidad**
- Leonor Colombo de Cudmani* 13 **La creación y el universo de la física contemporánea**
- Hans Eduard Hengstenberg* 27 **Evolucionismo y doctrina de la creación**
- Fernando Ramírez Rossi* 38 **Diálogo entre el imaginario colectivo y un paleontólogo sobre "El origen del hombre"**
- Luis Baliña* 59 **Perplejidades de un filósofo ante un paleontólogo**
- Lucio Florio* 61 **Creación y Mundo Sacramental**
- Peter Henrici* 73 **Hombre y naturaleza en la era técnica**
- Juan B. Terán* 83 **Ecologistas tucumanos "avant la lettre"**
- Alberto Espezel* 84 **La mirada de Guardini**
- Julia Alessi de Nicolini* 93 **Dios en nuestras manos (los gestos del amor)**
- Luis Baliña - Alberto Espezel* 95 **Testimonios: José María de Estrada**

Dios en nuestras manos (Los gestos del amor)

*por Julia Alessi de Nicolini**

Parece haber sido así desde el principio: apenas terminada la gran sinfonía de la creación, cuando el primer varón y la primera mujer estrenaban vida, Dios –con un gesto típico del amor– puso en nuestras manos su obra, la “tierra” que debemos “llenar” para continuar la tarea creadora del Señor. Además, en el mismo instante, recibimos el encargo de ser “señores” de ese mundo. Pero el Señorío, con su carga de responsabilidades, no se asumió y la tarea de continuar creando se desbarató de tal modo que el “mundo” –realidad ordenada, armoniosa, embellecida– se transformó más bien en una confusión muchas veces doliente.

Dios, pese a todo, siguió poniendo en nuestras manos sus llamadas de amor y sus promesas de perdón; y nosotros insistimos en desoír sus mensajes y en herir y matar a sus mensajeros.

Y cuando llegó el tiempo establecido, inventó el gesto supremo de aquella misericordia que había prometido a nuestros padres: el Hijo, que no retuvo ávidamente su condición divina, se hizo semejante a nosotros. Así el Dios hecho hombre supo enseguida de los gestos humanos del amor en la ternura conmovida de la manos de la Madre y de José, de los pastores y de los magos, de Simeón y de Ana. Supo también, muy pronto, que las manos crispadas de oscuros rencores terminan tiñéndose de sangre inocente; y lo aprendió para toda la vida.

Por eso, al final, otra vez la antinomia: manos que aplauden en Ramos –¡Hosanna al Hijo de David!–, manos que se levantan para preferir a Barrabás. Al aproximarse la hora, unas pocas manos compadecen; las otras condenan, empujan, rechazan, abofetean, flagelan, tejen corona de espinas, empuñan el martillo, asestan el lanzazo...Dios en nuestras manos...

Y no es que él no hubiera podido rogar al Padre para que legiones de ángeles vinieran a socorrerlo; mucho antes ya había rechazado, frente a Satanás, la posibilidad de ponerse en manos de los ángeles para que su pie no tropezara. Es en manos de los hombres que él quiere ponerse y ya sabemos cómo; inerme, vulnerable, indefenso, entregado hasta la muerte.

*Prof. de Filosofía, Fac. de Filosofía de la Univ. Nac. de Tucumán y otros institutos.

Hoy que comprendemos mejor que "el Hijo de Dios...por su encarnación se ha unido en cierta manera con cada hombre" (G.S., 22) podemos sospechar que él había estado poniéndose en nuestras manos desde siempre; y no nos habíamos dado cuenta. Pues tenemos al Cristo en nuestras manos cada vez que otro hombre se nos acerca y podemos optar –ante él– por los gestos del amor o por los de la indiferencia, el desdén, la impaciencia, la agresión, el odio... Jesucristo sigue entregándose igual.

Pero como bien sabemos, Dios se ocupó de imaginar aun otra manera de hacernos tomar conciencia de su donación; pues la noche en que iba a ser entregado, el Verbo hecho carne adelantó el gesto del supremo amor y se dio totalmente –cuerpo, sangre, alma y divinidad– en el pan y el vino de la noche magnífica. Así se pone él en nuestras manos de una manera muy especial: concurre obedientemente (con la libre obediencia del amor) al reclamo del consagrante para transformar la sustancia de esos frutos de la tierra y del trabajo de los hombres en su propia sustancia humana y divina.

Cuando Dios se entrega, su entrega es absoluta como gesto del absoluto amor. Y es a esos abismos de misterios que nos ayuda a acercarnos mejor –como experiencia personal, íntima y sobrecojedora– la distribución de la Eucaristía depositando la Hostia en la mano del comulgante. Y nuestras manos se hacen trono, que es lo que le corresponde al Rey; pero han de saber ser también cuna, regazo, caricia, amparo, incluso irresistible compasión para este Rey que se obstina en despojarse de su realeza y nace en un pesebre, crece en un taller de carpintero, vive como pobre entre los pobres y así –paupérrimo– se pone en nuestras manos cada día.

Acaso esta renovación de la antigua manera de recibir la Comunión pueda transformarse en un signo valiosísimo y cotidiano de ese cotidiano gesto del amor, que es la autodonación divina. Acaso nos ayude no a entender –¡como si eso fuese posible!– pero sí a intuir el inconcebible abandono con el que Dios se nos entrega para que hagamos con él lo que queramos, tal como lo hizo primero con la creación y luego con el Verbo Encarnado. ¿Quién no experimenta una sensación de asombro que linda con la incredulidad al ver en el cuenco de su mano el círculo blanco, casi luminoso, de la Hostia? Auméntanos, Señor, la fe...

Y además, perdónanos, Señor... Perdona, Dios–Amor, tantos gestos de desamor. Perdona los corazones desamorados que no saben verte ni en la maravillosa complejidad del universo ni en el fondo de la mirada de cualesquiera de los hombres, nuestros hermanos. Perdona nuestra incapacidad de vivir la Eucaristía sintiendo en el corazón aquel "temor y temblor" de Pablo, brotando de la más vívida conciencia de la propia indignidad. Perdona nuestra resistencia a reconocerte en todos los lugares en los que te nos revelas. Dios que te pones en nuestras manos, perdónanos, Señor.–